

①

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

falta los libros, a fé que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano.

- Vos tenéis mucha razón, amigo -dijo el cura-, más con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar.

- De muy buena gana - respondió el ventero.

Mientras los dos esto decían había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al cura le rogó que le leyese de modo que todos la oyesen.

- Sí leyera -dijo el cura-, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

- Harto reposo será para mí -dijo Dorotea- entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sagrado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

- Pues, de esa manera -dijo el cura- quiero leerla, por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolás a rogarle lo mismo, y Sancho también; lo cual visto del cura, y entendiendo que a todos daría gusto y él le recibiría, dijo:

- Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza de esta manera:

2

Capítulo XXXIII

Donde se cuenta la leyenda del "Curioso impertinente"

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llamaban Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y atantomasía, de todos los que los conocían «los dos amigos» eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era bastante causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras de sí los de la caza; pero, cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos, por acudir a los de Anselmo, y de esta manera andaban tan a una de sus voluntades, que no había concertado

reloj que así lo anduviese.

Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de pedirla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que condujo el negocio, tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido. Los primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solía la casa de su amigo Anselmo, procurando honrulle, festejalle y regocijalle con todo aquello que a él le fue posible; pero acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse con cuidado de las ideas en casa de Anselmo, procurando

(4)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

por parecerle a él (como es razón que parezca a todos los que fueron discretos) que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos.

Notó Anselmo la remisión de Lotario y formó de él quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse había que ser parte para no comunicarle como solía, que jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fue soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

el de ser llamados «los dos amigos», que no permitiese, por querer hacer del circunspetto, sin otra ocasión alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que, así, le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa y a entrar y salir en ella como antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas veces los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivanza.

A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadirle volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y ariso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana y las fiestas fuese Lotario a comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre ellos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo

6

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Cuyo crédito estaba en más que el suyo propio. Decía el cielo había concedido mujer hermosa tanto cuidado había de tener qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierto en las plazas ni en los templos ni en las Fiestas públicas ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos a sus mujeres), se concierto y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfacción se tiene.

También decía Lotario que tenían necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciere, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido a la mujer tiene o no le advierte o no le dice, por no enojalla, que haga o deje de hacer algunas cosas que el hacellas o no le sería de honra o de vituperio, de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente podría remediarlo en todo. Pero ¿Dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo, por cierto. Solo Lotario era, éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo

CAPITULO TRIGÉSIMO TERCERO

y procuraba dezmaazar, frisar, y acortar los días del concierto del ir a su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabondos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes de él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que puesto que su bondad y valor podía poner freno a toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los más de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas que él daba a entender ser inexcusables. Así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del día.

Sucedió, pues, que uno de los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario las semejantes razones:

- Pensaban, amigo Lotario, que a las mercedes que dios me han hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos y al darme no con una mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los

8

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido y sobre al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, si en el que puedo. Pues con todas estas partes que suela ser el todo con que los hombres suelen y para vivir contentos, vivo yo el más despatchado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo, porque no sé de qué días a esta parte más fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otras, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me río a solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decirlo a todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir a plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarne, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.

Suspense tenían a Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

prevención o preámbulo, y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que a su amigo tanto fatigaba, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacía notorio agravio a su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mucha amistad en más encubiertos pensamientos, pues tenía cierto que se podía prometer de él o ya consuelo para entretenerlos o ya remedio para cumplirlos.

-Así es la verdad -respondió Anselmo-, y con esta confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camela, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mí, ¡oh amigo!, que no es una mujer más buena de cuanto es o no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla a sus promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque dí que hay que agradecer -decía él- que una mujer sea buena si nadie

10

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

le dice que sea mala? ¿Qué mucho que es te recogida y temerosa la que no te dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desventura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y quilate en el fuego de verse reguerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ellas sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi aventura: podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos, diré que me ocupo en suerte la mujer fuerte, de quien el sabio dice que «¿quién la hallará?». Y cuando esto

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acenté en mi opinión llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costada experiencia. Y por supuesto que ninguna cosa de cuantas me diriges en contra de mi deseo ha de ser de algún provecho para dejar de ponerte por la obra, quiero ¡Oh amigo, y no detenerlo!, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo te daré lugar para que lo hagas, sin solicitar a una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa el ver que si de ties vendida Camila, nunca de llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino a sólo a tener por hecho lo que se ha de hacer, por buen respecto, y así, no quedare yo ofendido más de con deseo, y mi injuria dedurá escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Así que siquieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar con esta amorosa batalla, no tibiu ni perezosamente, sino con el ahínco y diligencia que mi

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

deseo pide y con la confianza que nuestra amistad me asegura.

Éstos fueron los razones que Ouselmo dijo a Lotario, a todas las cuales estuvo tan atento, que, si no fueran las que quedan escritas que le dijo, no desplegaría mis labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decía más, después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiración y espanto, le dijo:

- No me puedo persuadir, ¡oh amigo Ouselmo!, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que, a pensar que de veras las decías, no cometeria que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu locura antes. Sin duda imagino o que no me conoces o que yo no te conozco. Pero no, que bien sé que eres Ouselmo y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Ouselmo que solías y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser, porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Ouselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar a sus amigos y valerse de ellos, como dijo un poeta, "usque ad aras", que quiso decir que no se ha- bían de valer de su amistad en cosas que fueran contra Dios.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿Cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, dime tú ahora, Anselmo: ¿Cuál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure a complacerte y a hacer una cosa tan según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente, porque si yo he de procurar quitármela honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonorado y, por el mismo consiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que perdido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche.

- Que me place - dijo Anselmo -, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: - Pareceme, ¡oh Anselmo!, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Tienen los moros, a los cuales no se les puede dar a entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: «Si de dos Partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales»; y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles demostrar con las manos y con ellos a persuadirles las verdades de nuestra sacra religión. Y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan frera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocuparé en darte a entender tu simplicidad.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

- que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aún estoy por departar en tu destino, en pens de tu mal deseo; mas no me dejen usar de este rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tal manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo ¿tú no me has dicho que tengo que solicitar una retirada, persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, servir a una prudente? Si que me lo has dicho a mí. Pues si tú sabes que tienes mejor retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿Qué buscas? Y si piensas que de todas mis asaltos ha de salir vencedora, como saldará sin duda ¿Qué todos mejores títulos piensas darle después que los que ahora tienes, o que será después de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, o tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por que lo dices, ¿Para que quieres probarla, sino, como a mala, hacer de ella lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

Cerees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma
 verdad, pues después de hecha se ha de quedar con la
 estimación que primero tenía. Así que es razón concluyente
 que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede
 suceder daño que provecho es de juicios sin discurso, y
 temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas a
 que no son forzados ni compelidos y que de muy lejos
 traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.
 Las cosas dificultosas se intentan por Dios o por el mundo
 o por entrambos a dos: las que se acometen por Dios son
 las que acometieron los santos, acometiendo a vivir vida
 de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por
 respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta
 infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extraneza
 de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna;
 y las que se intentan por dios y por el mundo juntamente
 son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven
 en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que
 pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto
 aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto
 peligro que les amenaza, elevadas al vuelo de las alas
 del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey,
 se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas